



El acto de ver

por Santiago Barcaza S.

-Discurso pronunciado para la presentación del libro Bombardeo de Poemas sobre Londres 2012 en el palacio Schacht de Providencia, el 28 de Noviembre del 2014-

Una obra poética es precedida por un sueño, ya sea un sueño en toda regla, de los que uno recuerda al despertar, o una ensoñación diurna.

No quiero generalizar este hecho, porque seguro no se cumple para toda obra o acto poético. Muchas no necesitan ningún sueño. Son el resultado de un cálculo y, por consiguiente, no son una inversión de naturaleza emocional, sino económica. Pero no me refiero a estas obras. Hablo de las que tienen un alma, en las que se nota un centro, las que irradian una identidad. Todas estas obras, sin excepción, han sido “soñadas”, estoy seguro de ello.

Pues bien, un bombardeo de poemas, suele ser una empresa ardua en cuyo transcurso, debido a más de una iniquidad, se puede llegar a dudar de su asunto o, incluso, perderlo realmente de vista. Entonces se hace necesaria una fuente de energía que no se escurra ni se extinga. Esta fuerza de la que se alimenta una obra desde su ideación hasta su concreción es precisamente, lo que yo llamo –a falta de un vocablo mejor- el “alma” de la obra, el sueño de si misma. Lo cual no significa que una obra poética deba parecerse al ideal soñado en su inicio, al contrario: la fuerza de su “sueño” consiste en hacer que la obra siga en pie a pesar de todos los contactos con la realidad y con las condiciones siempre cambiantes y a la vez, en dejarla abierta a cualquier cambio, desvío o giro.

¿Cuál ha sido el sueño de los bombardeos de poemas? ¿Qué ha mantenido vivo este proyecto por casi ya 20 años? ¿Cuál era el arquetipo? ¿Qué historia de amor, qué mezcla de colores, cuáles nubes desparramadas en el cielo? ¿O la combinación de todos estos géneros y motivos? Me parece que desde el principio, detrás había otro



material que tenía la fuerza necesaria para unir todos esos elementos dispares, un tema común y a la vez superior a todos ellos.

Cuando llegué a Londres por primera vez, en 2007, anoté en una pequeña libreta un fragmento del Discurso Amoroso de Roland Barthes: *“En el terreno del amor, las peores heridas aparecen más por lo que vemos que por lo que sabemos”*. Qué misterioso. Tan misteriosa me resultó entonces esta frase en un primer momento como, en cambio, precisa fue de inmediato mi sensación al ver lo emparentadas que estaban esas palabras con nuestro bombardeo, todavía en fase de proyecto en aquella época, al relacionar “amor”, “imágenes” y “visión”.

¿Pueden pues las “imágenes” o puede la “visión” ser el tema de un bombardeo de poemas? ¿No sería eso una especie de pleonismo: un bombardeo aéreo sobre el cielo, un bombardeo poético de poemas? ¿O quizá, un bombardeo de poemas podría descubrir algo nuevo al respecto y en cierto modo abrirnos los ojos?

El 26 de Junio del 2012 bombardeamos Londres con poemas. Ese día, como fieles soldados del ejército de la desolación, tomamos nuestras posiciones. A mí me tocó cubrir la zona cero, renunciando a cualquier tipo de orden que no proviniese de Master Vargas, que –dicho sea de paso- cuando lo conocí demoré 5 minutos en comprender por qué mis amigos le decían Master.

El movimiento pausado de un grupo de poemas desplegados a cielo abierto, denuncia la ausencia de quienes murieron a sangre y fuego, al mismo tiempo que erige el texto que la compensa. La serena manifestación del acto poético, que en breves minutos se enuncia y se borra, se transfigura y eclipsa el dolor a cambio de una nueva mirada a las alturas: una suerte de alfabeto disperso que se transforma en su propio lenguaje.

Entre la gente, me quedo con esto. Una mujer ciega, junto a un hombre que parece estar hablándole al oído, describiéndole lo que pasa. Pensé en lo utópico que puede resultar imaginar que alguien pueda hacer que los ciegos vean. El trasplante de ojos parece improbable en incluso imposible a largo plazo. Conectar el nervio óptico de un ojo nuevo con el centro visual del cerebro seguirá siendo una utopía también en el 2050. Por cierto ya hay un camino: los computadores ya han aprendido a “ver”. El desarrollo tecnológico ya permite a las máquinas diferenciar y descifrar colores, contornos y formas. Ya hay computadores capaces de leer e interpretar información gráfica. Ya distinguen un objeto de otro, un gato de un perro, un hombre de una mujer y un rostro de cualquier otro.

Pero hay otra forma, ese hombre junto a su mujer ciega para que vea. Una suerte de camarógrafo personal, dejando caduca cualquier utopía y transmitiendo esa



información a través de corrientes cerebrales, para quien consigue finalmente definir y encontrar su propio acto de ver.

El poeta Mark Strand decía: *la poesía no trata de encontrar un origen sino de compensar una pérdida*. Acaso los Bombardeos de Poemas no son sino la escritura de esa pérdida. No se instalan desde el conflicto o la negación del hecho histórico, sino que crean un nuevo método de observación, un nuevo acto de ver, entendiendo que nunca se llegará a una síntesis superadora, una forma de sanación y comprensión de que la vida, a lo mejor, no dura más que eso: unos cuantos minutos de conversación al oído y otros tantos para mirar al cielo.